

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

49-50

ENERO-JUNIO

1953

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
Risieri Frondizi	<i>La teoría del hombre de Francisco Romero</i> 9
Manuel Olgúin	<i>El fenomenalismo de Alfred J. Ayer</i> 23
Juan A. Ayala	<i>Jorge Santayana.—Vida y tragedia</i> 37
Andrés Ávelino Jr.	<i>Fundamento metafísico de la estética platónica</i> 49
Francisco Larroyo	<i>El valor lógico de los métodos estadísticos</i> 63
Oswaldo Robles	<i>Objeto y tarea de la psicología clínica</i> 73
Marguerite Edmondson de Shopereña	<i>La prueba de Bender como exploradora de la función integrativa y su aportación a la psicología normal y patológica</i> 81
Rogelio Díaz Guerrero	<i>Ensayos de psicología dinámica y científica</i> 97
Manuel Pedro González	<i>Apogeo y rebalse de la novela en América</i> 151
Frank B. Savage	<i>Dominique de Pradt.—Una visión idealista de la independencia de América</i> 171
René Marchand	<i>Ensayo de interpretación del simbolismo</i> 199
Xavier Icaza	<i>Deslumbramiento en la pintura</i> 209

	Págs.
Francisco Monterde	<i>Dos aspectos en la lírica de Salvador Díaz Mirón</i> 241
César Rodríguez Chicharro	<i>El hombre de la situación. (Notas para una interpretación de un libro olvidado.)</i> 253
Gregorio López L.	<i>Miserere, ironía eterna</i> 263

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan Hernández Luna	<i>El Laberinto de la Soledad. (Octavio Paz.)</i> 271
Adolfo García Díaz	<i>La filosofía científica. (Hans Reichenbach.)</i> 291
Abelardo Villegas	<i>La filosofía desde el punto de vista de la existencia. (Carlos Jaspers.)</i> 298
Gregorio López L.	<i>Filosofía natural. (Eduardo May.)</i> 302
Wonfilio Trejo R.	<i>Introducción a la ontología. (Louis Lavelle.)</i> 304
Wonfilio Trejo R.	<i>La cultura egipcia. (John A. Wilson.)</i> 311
Xavier Tavera Alfaro	<i>El guadalupanismo mexicano. (Francisco de la Maza.)</i> 315
Xavier Tavera Alfaro	<i>Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria. (Daniel Cosío Villegas.)</i> 317
José Almoína	<i>América como conciencia. (Leopoldo Zea.)</i> 319
José Almoína	<i>Martí en Santo Domingo. (Emilio Rodríguez Demorizi.)</i> 325
Ismael Diego Pérez	<i>Un niño en la Revolución mexicana. (Andrés Iduarte.)</i> 329
Clara Kenigsberg	<i>Los pies descalzos. (Luis Enrique Erto.)</i> 332
J. H. Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 337

MISERERE, IRONIA ETERNA

Inescrutable... Inasible... Ni la daga aceradísima del espíritu es capaz de traspasarle. Duro como el diamante, mata y resiste el filo cortante de cualquier bisturí analítico y definidor que sale de sus propios límites tratando de operar impiamente sobre mágicos tabúes. Porque el *miserere* es eso: tabú mágico. No materia ni objeto; sino acicate y fuerza fecunda del espíritu. Acicate y fuerza fecunda que obra a discreción, esto es, sin aviso, sin previa citación; sino que, en la fuga de las horas, arrebatada por sorpresa al espíritu y, cambiando el curso de los vientos, lo impele hacia su destino. Tabú mágico, eso es el *miserere*. Tabú que resana la rotura del verbo y revive, cual piedra de esmeril, el apagado filo del arma que lleva sobre sí el espíritu. Porque lo que distingue al espíritu de cualquier ser, es eso precisamente: el de llevar a cuestras el verbo con el que se abre paso por la escabrosa e intrincada selva de la vida.

¡Miserere!... ¿quién podrá conjurar tu hechizo o qué filosofía desentrañará tu misterio sin antes aniquilarse? Fuego abrasador, lengua candente del númen sublime que otrora los *vinnigulaza* (zapotecas) llamaran *guelagueza*. He ahí el *miserere*: dolor de nuevo parto, éxtasis de inefable recreación. Cabalmente. El amor o *guelagueza*, amando la regeneración del espíritu, pagó un nuevo débito a GUENDA, virgen eterna; un nuevo débito que es el *miserere*, por virtud del cual vuelve a concebir en su seno y, cumplido el tiempo de parir, alumbró nuevamente al espíritu que renace transfigurado a la vida. Renacimiento que significa para el mismo espíritu, la recuperación perpetua de aquello que había de más valioso y sagrado: el alma. ¿Qué es el alma? Enigma de enigmas: arpa prodigiosa de notas inefables que embargan al espíritu, de notas inefables que brotan, cual ondas sonoras, del ojo de agua, de la fuente perenne de *guelagueza* (el

amor). El alma es un enigma. Es un enigma que cada ser descifra en su relación inefable, con el principio. No en la relación de un ser, con otro; ni en la relación de un tameme, con otro tameme; sino tan sólo en la relación del espíritu, con GUENDA: madre o *gozaana* de todas las cosas (“*gola gozaana quiza’lu*”); pero de todas las cosas en tanto en cuanto espíritus. ¿Qué es espíritu? ¿Qué es ese ser que el amor regenera en el seno de GUENDA: la virgen eterna? Más todavía. ¿Bajo qué condición es posible su renacimiento a la vida? El espíritu (o *vinniguenda*) es tameme, tameme de verbo (*vinnirod’didcha*), tameme que lleva a costas un destino y una significación; tameme, en fin, llamado para vivir una vida mágica. Todos los seres, en cuanto espíritus o *vinniguenda*, tienen una función que llenar en el mundo, una misión que realizar en la vida. Función que es el acto propio, inalienable, de cada ser; misión que es el fin a que es llamado a cumplir cada quien mientras discurre por el mundo. Ciertamente. El verbo que lleva a costas el espíritu o *vinniguenda*, es verbo de justicia y equidad. No es un verbo absurdo que se contradice a sí mismo. Antes al contrario, es veraz y recto: porque su contenido es un ritmo mágico, su contenido es *nunaguenda*,¹ esto es, la relación que todos los seres guardan con el principio, a saber: con GUENDA. De ahí el apelativo de *vinniguenda*. Todos los seres son tamemes, todos llevan a costas un verbo (lógos) que da razón y sentido a su existencia. Esto es un hecho innegable. El universo está repleto de sentido y significación. Es un inmenso oráculo cuya palabra hay que saber interpretar conociéndose cada quién a sí mismo en su relación inefable, con el principio. La voz que habla en cada alma, resuena y repercute en todos los seres, voz que en la concordia universal compone la sinfonía perfecta del espíritu. Pues el amor, fecundidad plena, al engendrar en el seno de GUENDA a cada ser, le otorgó un cierto don, una cierta gracia para amenizar el concierto creador de los espíritus en un poema sublime de justicia y armonía. Poema que se malogró; pues fué rota la armonía, y violada la justicia. Porque los seres no fueron fieles al ritmo de la vida, sino que se desviaron, ensoberbecidos, de la senda marcada por el destino y huyeron, llevando a costas los pies, como cobardes que pisotean la propia dignidad. Sí, prevaricaron los tamemes, profanaron el

1 Para la cabal comprensión de este concepto, así como para entender en todo su rigor dialéctico la filosofía de los *vinniguenda*, vide mi artículo “*Nunaguenda*” en el número 3 de “*Lógos*”, Revista de la Mesa Redonda de Filosofía.

ritmo sagrado de *nunaguenda*, el ritmo auténtico de la vida que los integra con el origen, en el cual ritmo, la unidad se cristaliza para cada ser en un ángulo peculiar e inconmensurable por donde, de manera inexplicable, el impulso creador irrumpe, arrancando del ignoto *zocahui* destellos sublimes de originalidad. (*Zocahui* es la región siniestra y tenebrosa donde el tiempo se cita, en el instante, con la eternidad). Sí, prevaricó el mundo, prevaricaron los seres nacidos en el tiempo: al desvirtuar el verbo y adoptar un ritmo extraño y profano que arrebatándolos y sacudiéndolos en una danza loca y macabra los arrastró inexorablemente hacia la muerte y la desolación. Porque la esterilidad y frustración son muerte y desolación. Seres dementes que renegaron de su noble origen que los hacía dignos herederos de la espiritualidad, que los hacía *tamemes de verbo* (*vinniroa' didcha*). Ser *tameme de verbo*, es ser *vinniguenda*, esto es, hijo que, gracias al verbo, dice relación con *GUENDA*: la madre o nodriza de todas las cosas; pero de todas las cosas en tanto en cuanto espíritus, es decir, en tanto en cuanto llevan a costas el verbo o *lógos* que marca el sentido peculiar y específico por donde cada una, cumpliendo consigo misma y con el principio, alcance, en la realización de la justicia, su propia perfección. Realizar la justicia es responder al llamado del destino. Precisamente, cediendo a la atracción vehemente que, día con día, ejercía sobre ellos la fuerza misteriosa del destino, es como los seres, una vez robustecidos con la leche del espíritu, se lanzaron entusiasmados a la mágica aventura: imprimiendo en su rítmico andar el trote característico de los *tamemes*. Mientras avanzaban, su paso era firme y recto su juicio. Era que soportaban sobre sí el peso del verbo, que daba seguridad y aplomo a sus pies y justo equilibrio a su mente. De modo que no podían tropezar ni desviarse de su ruta. Pues el verbo es brújula que orienta la vida y compás que marca el ritmo auténtico del espíritu. Verbo que, sin embargo, no supieron sobrellevar, por desgracia, los *tamemes*. En efecto. No bien penetraron en la tupida selva de la vida cuando de pronto se vieron extraviados en el delirio de su propia demencia. Confiando sin medida en sí mismos no previeron el peligro a que se exponían aventurándose solos en lo desconocido. Cabalmente. Desde que emprendieron la marcha fueron objeto de las asechanzas del temible *Biáki*, el cual, posándose de rama en rama, venía estudiando acuciosamente todos sus actos y movimientos para caer, en el momento oportuno, sobre ellos. Todos conocen a *Biáki* (el Cuervo), sujeto de negro historial, astuto y pérfido, que se goza en el mal por el mal

mismo. Educado a la alta escuela, y con una suma considerable de crímenes en su haber. Cuenta la conseja que su color y su apodo de *Biáki* (el achicharrado, que eso significa) le viene de que en cierta ocasión, el tameme nacido ab aeterno, indignado por tanta iniquidad, lo arrojó al abismo de fuego donde, abrasado por las llamas, cambió su color por el opaco de los malvados, quedando así marcado para el resto de su vida. Porque en un principio el color de *Biáki* era como el de la paloma y su nombre como el del refulgente lucero del alba. Pero no merece que nos detengamos más en la biografía de semejante engendro y reanudemos el hilo de nuestra relación. *Biáki*, con la experiencia adquirida en su larga vida de maleante, y también por su agudísima inteligencia, había calculado con asombrosa exactitud que, según el trote que llevaban los tamemes, deberían pasar, por el filo de la medianoche (precisamente cuando la obscuridad hínca mejor : 3 garras), deberían pasar por un paraje lúgubre y tortuoso, de pésima fama y poco transitado, por haber servido de teatro y escenario de los crímenes más abominables. Es pues en el referido lugar que el pérfido *Biáki*, tendió una celada perfecta a la desapercibida caravana. Dibujando en sus labios una sonrisa preñada de malicia, se agazapó en un matorral y esperó, con la paciencia de la culebra, el paso de los tamemes, los cuales, cada vez más, se aproximaban al sitio fatal, ajenos en absoluto del peligro que se cernía sobre ellos. En efecto. Justamente al asomar por un recodo del camino fueron ignominiosamente asaltados y despojados; fueron vencidos y arrasados los tamemes que no supieron defenderse. Como una plaza fuerte es tomada por sorpresa, así *Biáki* se apoderó de las mentes de los espíritus. Porque el asalto, como ha de saberse, lo llevó al cabo *Biáki*, dialécticamente, esto es, seduciendo con falacias y sofismas sus ingenuas conciencias. En efecto. De acuerdo con su plan maquiavélico, *Biáki*, haciéndose el encontradizo y dando muestras de una amabilidad poco común, les habló en estos o parecidos términos: ¡Salud! respetables varones, ¿qué es lo que, con dulce resignación lleváis a cuestas? Es el verbo, dijeron, que gravitando sobre nuestras frentes nos marca el ritmo hacia nuestra perfección. A lo que con fingido interés repuso malévolamente: Pero ¿por qué os engaños a vosotros mismos mis caros y nobles amigos? ¿Qué no paráis mientes que puntualmente sin su peso os veréis libres y seréis perfectos? El amor propio de los ilusos tamemes se sintió sobremanera halagado a tal punto que sin echar de ver ni reparar en la mañosa estratagema fueron víctimas

del lazo tentador de Biáki. En efecto. Si bien el verbo que llevan sobre sí los tamemes es, intrínsecamente, un límite para sus mismas vidas, no es desembarazándose de su peso ni contrariando a *munaguenda* (el auténtico ritmo de la vida) como se alcanza la perfección, sino reforzando la mente con la suavísima gracia del amor, el cual, no conoce límites, puesto que después de engendrarlos no los abandona a su suerte sino que, sublimando su naturaleza, los acompaña hasta el fin. Pues la "ley del nacimiento" establece que todo ser nacido en el tiempo está, por esencia, incapacitado para descifrar, por sí solo, todo el gran enigma que encierra el universo. Pero los tamemes, halagados en su vanidad, se ensoberbecieron, desconociendo dicha ley del nacimiento por una parte y, constituyéndose, por la otra, en amos absolutos de sus vidas al juzgar mejor el peso de su propio parecer sobre el justo peso del verbo, con lo que se acarrearón ellos mismos su propia desgracia y perdición. En efecto. Justo al tiempo que, reclinándose, se despojaban del verdadero verbo, se escuchó el estallido de una sarcástica carcajada que sacudiendo frenéticamente a todos los seres los envolvió en un fiero cataclismo. Era Biáki que, satisfecho de su villanía, hacía estremecer convulsivamente los espacios hasta hacer saltar los ejes del mundo. La catástrofe no se hizo esperar. Se había errado en el cálculo. Los tamemes, faltos de juicio y discernimiento, aplicaron mal el "número geométrico de la generación" que integra, en un cierto algoritmo, la función propia de cada ser, de forma que, sobrepasando el límite asignado, pierden su equilibrio y su estabilidad.

Ocioso sería describir el espectáculo de horror y espanto que se siguió al socavarse los cimientos de la gran mole: los astros se desviaron de sus órbitas apareciendo, por vez primera en el firmamento, las cometas y las estrellas fugaces. En la tierra se tronchó la vida, de suerte que perecieron multitud de peces al desvirtuarse las aguas. Las bestias, entorpecidos sus instintos, se aniquilaron unas a las otras. Y el hombre, extraviada su mente, fué enemigo acérrimo de sí mismo. Porque todo orden y toda ley se había trastocado. El mundo ya no era cósmos, sino caos. Teponastle vigoroso de pasados tiempos cuyos vivaces redobles repercutían, prepotentes, en la eternidad, ahora viejo y resquebrajado, con el parche malherido, apenas si deja escapar, al golpeteo de encallecidas yemas, algún gemido ronco, algún lamento triste a manera de muda y apagada queja de un alma que anda en pena. "¡Carreta rota", oxidada,

tirada por impasibles bestias, que a vuelta de ruedas, dando tumbos sobre tumbos, va llorando su fatídico sino. ¡Lastimero ay... de tamemes irredentos que se arrastran pesados por el abismo sordo sin fe y sin nombre! ¿Quién osará rescatarlos de su condición abyecta? ¿Qué fuerza los impulsará de nuevo a la vida y que, moviéndose sin interés mucho menos por obligación, provoque en ellos la liberación perpetua del fardo que los agobia y abrumba?...

... "El amor es más fuerte que la muerte, más implacables que el infierno sus celos, y sus brasas: un volcán de llamas". Ciertamente. Movidó por un puro impulso de su perfección, el amor, plenitud de gracia, condoliéndose del estado miserable del mundo, regeneró a aquellos seres que son regenerados (porque no todos se regeneran). La cual regeneración significa por parte del mismo amor, el cumplimiento del *miserere* o sea el semen para un nuevo retoño, merced al cual GUENDA, nuevamente preñada, asume en su seno doble forma que el espíritu recibe al instante de ser concebido. Doble forma que consiste en la conjunción íntima, indisoluble, de la forma simple de Dios con la forma compleja del mundo. Pues es condición necesaria, para el renacimiento del mundo, que su forma recuperada, sea asumida, en el seno de GUENDA, simultáneamente en la asunción de la forma de Dios. De modo que al renacer a la vida, renazca como un nuevo espíritu o *vinniguenda*, a saber: como Cristo. Cristo, engendrado por un supremo sacrificio de amor, es el tameme humilde que soporta, con dulzura infinita, el peso suavísimo del verbo; y, trotando siempre al compás de *nunaquenda* (el ritmo auténtico de la vida) arriba feliz a su destino que es conocerse a sí mismo en la sinfonía gloriosa del mundo con Dios. Sinfonía que es la relación inefable que Cristo dice (biunívocamente) con el origen. Porque Cristo es hijo de GUENDA, hijo nacido doblemente de su seno, es decir, nacido en el tiempo a la vez que en la eternidad. De ahí que ni sólo sea mundo ni sólo sea Dios, sino mundo y Dios a la vez. Cristo es el Mundo-Dios, cuya voz, trascendiendo los límites del tiempo, resuena y repercute en la eternidad para postularse perpetuamente como la síntesis acabada y perfecta de los espíritus. Su generación y nacimiento, es la regeneración y renacimiento del ser nacido desde el inicio del tiempo, es la regeneración y renacimiento del mundo. Puesto que el amor, al engendrar a Cristo, lo hizo preñando a GUENDA, virgen eterna, con un nuevo débito, a saber: con el *miserere*: razón seminal por cuya virtud Cristo es constituido por la síntesis de la

forma de Dios y de la forma del mundo, de manera que al nacer a la vida, renazca con él también el mundo; pues es uniéndose con Dios como el mundo encuentra otra vez el ritmo perdido en la prevaricación, es uniéndose con Él como el espíritu se orienta infaliblemente hacia su mágico e inefable destino. Por tanto, el renacimiento del mundo significa la reforma y la transfiguración que, en el seno de GUENDA, sufren, por virtud del *miserere*, todos aquellos espíritus que responden al dulce reclamo del amor: que convierte sin humillar, que salva sin dar cauce al resentimiento. Sino que, convirtiendo y salvando, arrebató a los espíritus para su perpetua y justa glorificación.

¡*Miserere!*: ironía eterna, ironía de goces inefables bajo la agonía del parto, de goces inefables bajo el choque terrible del alumbramiento. Victoria sobre el estigma sangriento de la cruz; vida sobre la faz escuálida de la muerte.

Miserere . . . ¿quién podrá discernir tu generación?

He aquí, en nota sostenida y un tanto alegórica, la culminación de lo que creemos pueda ser, al menos, alguna ráfaga aérea del perfecto acorde. Quizá pequemos en esto de demasiado presuntuosos; pero lo cierto es que hoy por hoy, el espíritu de Grecia, atraído por el mágico encanto de las musas autóctonas, se cierne esta vez sobre México para cobijar, con sus potentes alas, el renacimiento creador y perenne de la filosofía. Porque no todo fue conquista de parte del europeo sobre el indio. También hubo conquista del indio sobre la "gente de razón". La conquista, es la conquista de todos los pueblos para la integración de una raza cósmica, cuya cabeza será aquel pueblo que el amor honre señalándolo, por justicia, para llevar a cuestras el verbo en su más acabada y perfecta reiteración.

México necesita "cuajar" para poder ajustarse digna y auténticamente al concierto universal. Que jamás logrará mientras no sepa integrarse, mientras no sepa armonizar todas sus potencias y apreciar todos sus valores. El indio ha vivido postergado. La Revolución siempre fracasó y ha fracasado cada vez que pugna por su emancipación. Porque no ha amado de verdad al indio. Amar es comprender. Penetrar en la conciencia del indio, he ahí la clave para el completo éxito de la Revolución. La ineficacia de las soluciones dadas hasta ahora al respecto

G R E G O R I O L Ó P E Z L .

radica, precisamente, en la ignorancia de este básico principio. Urge entonces (si queremos un México íntegro) una organización jurídica adecuada y, consiguientemente, una política que realice, de verdad, la incorporación viva y activa de nuestros aborígenes a la ciudadanía.

GREGORIO LÓPEZ L.